

ca equidad, beneficencia, grandeza de alma, deseo de merecer la estimación de los otros o deseo de estar bien consigo mismo».

El ilustre autor del *Sistema de la Naturaleza* recomienda la bondad con una delicadeza y una ternura modernas: «¡Cuán amable es — dice — el principio del hombre sensible que ha dicho que no se debía pegar a un perro ni destruir un insecto sin causa suficiente, para justificarse ante el tribunal de la equidad!»

He aquí ahora a Volney, quien, aunque de la escuela de Helvecio, aporta un sentido muy claro y justo de la solidaridad. Para él, según la ortodoxia sensualista, «la base de la moralidad es el amor ilustrado de sí mismo. El vicio y la virtud han tenido siempre un objeto físico, que consiste en destruir o conservar el cuerpo»; y por eso el autor de *Las ruinas* pertenece bien a su escuela; pero nos muestra un verdadero sentido de la solidaridad cuando en su *Catecismo del ciudadano francés* recomienda del siguiente modo las virtudes sociales:

«La Naturaleza ha organizado al hombre para la sociedad. Dándole sensaciones, le organizó de tal manera, que las sensaciones de los otros se reflejan en él; de ahí nacen sensaciones simultáneas de placer, de dolor, de simpatía, que son un encanto y un bien indisoluble de la sociedad».

Después apoya juiciosamente la solidaridad sobre la reciprocidad en los siguientes términos:

«PREGUNTA.—¿Por qué es un precepto la caridad o el amor al prójimo?»

»RESPUESTA.—Por razón de igualdad y de reciprocidad, porque cuando perjudicamos a otro le damos el derecho de perjudicarnos a su vez, y de ese modo, atacando la existencia de otro, atentamos contra la nuestra por efecto de la reciprocidad. Por el contrario, haciendo bien a los otros tenemos derecho a esperar el cambio, el equivalente, y tal es el carácter de todas las virtudes especiales: ser útiles al hombre que las practica por el derecho de reciprocidad que dan sobre

aquellos que de ellas se han aprovechado.

»Vive para tus semejantes para que ellos vivan para tí.»

Completemos el asunto con el diálogo de Marmontel tomado del mejor de sus *Cuentos Morales*, «El Misántropo convertido». Tendremos todos los elementos de una moral positiva, de una moral relativista y realista, fundada sobre el amor fraternal de los hombres.

«El vicio y la virtud—se lee en él—no son más que relaciones; el uno es vicio porque perjudica a los hombres; el otro es virtud por el bien que produce.

—»Precisamente — responde el segundo interlocutor. Y el primero replica:

—»Odiar el vicio y amar la virtud no es sino interesarse por los hombres, y para interesarse es preciso amarlos».

Terminemos esta ojeada sinóptica sobre el movimiento materialista del siglo XVIII con el siguiente extracto del *Catecismo Cívico*, de Saint-Lambert, en el que se acentúa claramente el carácter humanitario:

«PREGUNTA.—¿Qué es el hombre?»

»RESPUESTA.—Un ser sensible y razonable.

»P.—¿Qué debe hacer como sensible y razonable?»

»R.—Buscar el placer, evitar el dolor.

»P.—¿Quiénes son los que se aman bien?»

»R.—Los que no separan su felicidad de la de los otros hombres. Seais joven o viejo, rico o pobre, débil, ignorante o ilustrado: como mortal, debéis a todos los mortales ser justo; rico, vuestras riquezas son en vuestras manos el tributo de un pobre. Abridle su tesoro. Pobre, no déis más que débiles socorros al desgraciado, pero id a consolarle en su trabajo, y fortaleced la esperanza en su alma. Si sorprendéis un secreto, es propiedad de otro; respetad su propiedad. Si se os confía un secreto, es un depósito; no violéis ese depósito.

»Tomad la costumbre de hacer y